

La fuerza de las olas

Seudónimo: Valis

*

Las sensaciones y el paisaje eran extraños; caminaba por una playa de Tarragona, sentía el viento frío en la cara y, mientras miraba sus propias huellas impresas en la arena pensaba en el largo camino que había recorrido para llegar hasta allí. Era 25 de diciembre y nunca había vivido una navidad en pleno invierno. Venía de una parte del mundo donde las fiestas de final de año se disfrutaban en la playa, coincidía con el solsticio de verano, así que las noches eran cortas y calurosas.

El sonido del mar le era familiar; durante su infancia, Clara había vivido en un pueblo costero donde parecía que las olas chocaban en la habitación de al lado, así que en las noches de tormenta ella se quedaba dormida con su antiguo aparato de casete escuchando música para diversificar el sonido, la verdad es que le cansaba el permanente ruido de las olas. Pero ahora, ya siendo adulta, había cambiado su percepción y ese sonido le inspiraba recuerdos de su niñez, tenía escenas de ella jugando con sus hermanas mientras sus padres las miraban desde la distancia. En ese entonces, la vida parecía ser simple, no se necesitaban muchas cosas para ser feliz, bastaba con una partida de cartas junto a sus padres y hermanas en algún camping o formar un círculo sentadas en el suelo del humilde patio de casa para charlar por largas horas.

**

El 25 de noviembre se levantó temprano, pensó en su madre y en las extrañas actitudes y comentarios que estaba expresando el último tiempo, le daba la sensación que se estaba despidiendo. Alejó sus pensamientos recordando que cumplía 18 años, le hizo ilusión la idea de que pronto recibiría la visita de sus padres en la pequeña habitación que había alquilado con su hermana mayor en la ciudad para ir a la universidad. Clara cursaba primer año de Ingeniería Industrial, por comodidad, la familia había decidido que las dos hijas que estaban en la universidad se fuesen a la ciudad para que no tuvieran que

realizar largos recorridos de ida y vuelta en transporte público. La otra hija de 10 años se había quedado en el pueblo junto a sus padres. Como era jueves, la pequeña de nombre Lucía, se quedó en la escuela. Los padres pasaron a dejarla a primera hora de la mañana y se despidieron de ella con un dulce beso en la frente. Posteriormente, se dirigieron a una calle central e hicieron parar un taxi. «A la gran ciudad» -le dijo el hombre una vez estaba acomodado en los asientos con su esposa. Se tomaron de la mano y emprendieron el viaje que a esa hora de la mañana duraba unos 40 minutos.

El punto es que no llegaron a saludar Clara por su cumpleaños, tampoco llegaron a la «gran ciudad». No tenían teléfonos móviles para hacer la llamada que hoy en día parece tan simple de hacer con el fin de pronunciar un «feliz cumpleaños». Eran otros tiempos, los teléfonos no eran tan masivos y, por lo demás, se valoraba más el abrazo en persona. También hay que agregar que los padres tenían aires de hippies y no querían entrar en la dinámica del materialismo, decían que tenían todo para ser felices y si era necesario hacer o recibir una llamada lo hacían en la tienda de la esquina, doña Juanita que se dedicaba a hacer y vender pan entre otros víveres, iba corriendo a avisar, lanzaba un grito a larga distancia y con cierto código conocido por los vecinos, la persona aludida sabía que tenía una llamada. La madre no recibió el grito de doña Juanita pero pensó en ella, se le pasó por la mente avisarle a Clara que ya cogerían el taxi. No obstante, el apuro matutino le impidió acercarse hasta la tienda de la vecina que vendía pan caliente a esa hora. «Vamos mujer, Clara sabe que llegaremos sobre las 12, ¿por qué tienes esa cara de preocupada?» - le había dicho su esposo. El fin de semana anterior habían acordado que ellos llegarían a las 12 del día de ese jueves 25 al lugar donde vivían las hijas universitarias.

El taxi arrancó. El conductor llevaba la radio encendida, escuchaba las noticias de último minuto, iba concentrado, no dijo palabra alguna, miraba al frente hacia la carretera. Ambos pasajeros contemplaban el paisaje; el mar, las altas rocas, los pájaros haciendo círculos por el cielo y la típica vegetación de zonas costeras que envuelve los alrededores de la carretera. Tomados de la mano percibían una paz inmensa. Las voces de la radio se sentían a lo lejos. A pesar de estar en un espacio tan pequeño se sentían perdidos. La madre ya venía percibiendo hace un tiempo una sensación extraña que no podía explicar. Días

previos al accidente cayó en cama, no sabía qué le pasaba, un cansancio absoluto le pesaba sobre el cuerpo. Era inevitable, desde pequeña ella tenía una especial conexión con la fuerza de la naturaleza y, ésta misma, le estaba dando señales de lo que ocurría dentro de poco.

Un mes antes, sentó a sus tres hijas alrededor de la pequeña mesa del comedor para decirles que debían prepararse para la vida, que cada una de ellas tenía cualidades para valerse por sí mismas. No les atribuyó responsabilidades futuras, les dijo que valoraran las simplicidades de la vida y que por sobre todo, creyeran en sus sueños. Después de escucharla, el esposo y las 3 hijas no entendían qué pasaba. De todos modos, no quisieron hacer preguntas, la madre era un tanto especial y, de cierta manera, estaban acostumbrados a sus conversaciones profundas sobre la vida. «Tú y tus cosas, mamá, dejémoslo así mejor, no queremos que te pongas sentimental, sabemos que te ha afectado el que nos hayamos tenido que ir a la ciudad pero es momentáneo, además todos los fines de semanas estamos aquí contigo y con papá» -había dicho Clara intentando bajar la tensión que demostraba la madre en su rostro.

El bus apareció de repente, se cruzó delante del taxi. A pesar de ocurrir todo en pocos segundos, la madre fue consciente de que había llegado el momento, apretó con más fuerza la mano de su esposo y sintió cómo los ojos se le cerraban para nunca más abrirlos.

Unos meses después Clara y sus dos hermanas se fueron a la capital donde el mar ya no se divisaba. Allí fueron a buscarse la vida. Un familiar les ofreció su casa para que se quedasen cuanto quisieran. Ya no tenían dinero para seguir en la universidad, así que las dos mayores se pusieron a buscar trabajo y, luego de algún tiempo ahorrando consideraron la opción de retomar los estudios en otra ciudad, en otro contexto y sin sus padres.

Todo fue más duro de lo pensado, la relación con el tío que las había recibido fue empeorando, ya que no soportaba a las tres chicas al borde de la depresión. «¿Quién podría curarse de la pérdida tan inesperada de ambos

padres?» -pensaba Clara. Los años pasaron y cada una de las hermanas buscaba cómo mejorar su vida. La principal preocupación era la hermana menor que entraba y salía de diferentes colegios por problemas de conducta.

Ya eran adultas, vivían en diferentes ciudades. No obstante, cada 25 de diciembre intentaban reunirse cerca del mar, cerca de ese espacio que les invocaba su infancia. Sentadas en la arena sacaban sus copas y una cava para brindar por la vida. La menor, que ahora tenía 35 años iba acompañada de su hija de 10 que se había unido a ese evento con una copa de zumo de naranja. Todas se quedaban por largo tiempo en silencio, cada una para sí pensaba que más allá de las olas podía estar el anhelado consuelo. Se acercaban al mar para sentir una especial conexión con sus padres; la vida se los había arrebatado injustamente hace años.

Ahora, desde la otra parte del mundo, desde una fría ciudad y acompañada de los recuerdos del último 25 de diciembre vivido junto a sus hermanas, Claracaminaba por la arena. Iba descalza y casi no sentía sus pies producto del frío. Avanzaba lentamente, miraba el horizonte y compartía junto a la inmensidad de la naturaleza, del agua y de los pájaros que andaban por allí, la magia de sentir a sus seres queridos cerca para transmitirles a través de la fuerza de las olas un mensaje de *«estaremos unidos por siempre»*.